



EL DOCTOR D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS Y PATIÑO.

No solamente es digno de vivir en la memoria de los hombres el que dedica al estudio los años de una existencia larga y laboriosa; eso también con igual derecho el joven que baja á la tumba, cuando asomaba apenas al dintel del mundo, arras-trando consigo justísimas esperanzas, antes muertas que naci-das. El que dió á su edad solamente lo que á su edad se debe, ese merece ya loa y aplauso. ¡Cuánto mas digno de ellos el que como D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS, cuya breve vida será ob-eto de estos renglones, produjo mas frutos de los que pudieran esperarse de sus años, sin ser por eso ásperos y desabridos, sino por el contrario dulcísimos y regalados! En él (exclamaba lle-no de dolor al pié de sus mortales despojos un amigo inconsola-ble), en él adelantóse á la edad la madurez del juicio; fué viejo en el abril de su vida, con la hermosura de la juventud; á semejanza de esos árboles que ofrecen juntos el fruto y la flor sazonado y olorosa.»

EL SEMANARIO, precioso depósito de las glorias españolas y de las primicias de nuestros ingenios; EL SEMANARIO, cuyas pá-ginas se adornaron ya con el nombre de SEIJAS, debía conceder un recuerdo á su memoria. Con mas perfeccion que yo podria tributársele cualquiera; pocos ó ninguno con igual cariño.

Un nuevo lazo nos une en estrecha indisoluble amistad (me escribía SEIJAS en diciembre de 1854); juntos recibimos nuestra primera enseñanza; la afición á un mismo linaje de co-nocimientos nos volvió á reunir bajo el patrocinio y guía de uno de nuestros mas entendidos al par que modestos escritores; y el bonete de doctor en la facultad de jurisprudencia, que me-recidamente acaba de recibir, otra tercera vez nos hace compa-

ñeros; pero esta, mia ha sido la sin igual honra de presentarle al claustro y darle en medio de todos un abrazo fraternal y cor-dialísimo. No olvidaré día tan señalado, y confío en que tam-poco lo borrará V. de su memoria: estamos uno y otro de enho-rabuena.»

¡Quién me dijera entonces que aquella púrpura que tan dig-namente lucia en su noble y expresiva cabeza, diez y ocho me-ses despues habia de ser triste adorno de su féretro!

Hijos son pues estos renglones del afecto cordialísimo que á D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS profesaba; fruto y recuerdo de la amistad que por tanto tiempo nos uniera.

Veintiocho años nada mas han separado su cuna y su sepul-cro: en 20 de febrero de 1828 nació en Granada, siendo sus pa-dres los Excmos. Sres. D. Manuel de Seijas Lozano y Doña Ma-ría Jesus Patiño; en 22 de mayo de 1856 ha sucumbido en Ma-drid, victima de una larga y penosa enfermedad.

Ya desde la mas tierna infancia diéronse á conocer sus pre-coces talentos y esa aplicacion al estudio que tan temprano agostó su existencia. Aun conservan sus padres un cuadro de las muchas medallas de premio que obtuvo durante la primera en-señanza, y que la Sociedad Económica de Amigos del Pais de Granada acostumbraba á otorgar en público concurso á los que mas se distinguían. Nuestro amigo consiguió el premio en to-dos los certámenes celebrados.

En uno de ellos ocurrió cierto suceso que excitó el interés y la atencion general. Poco mas de seis años tendria el estudioso niño cuando á deshora se vió imposibilitado de concurrir al acto, á causa de haberle acometido enfermedad muy comun en

13 DE JULIO DE 1856.

la aurora de la vida: el sarampion. Pero en lo mas recio de la calentura, en los precisos momentos de la crisis, era tan abundante su llanto, su sentimiento tan profundo, que el médico anunció á sus padres que de todos modos estaba expuesto á morir, saliendo de casa ó quedándose en el lecho. Cedieron pues; presentóse al concurso el enfermo, y el gozo de su espíritu fué el primer remedio de su dolencia.

A los nueve años principió el estudio del latin y humanidades, siendo tales sus adelantamientos que sorprendia á los maestros su facilidad para traducir los clásicos latinos en los pasajes mas oscuros y difíciles. Testigos eramos de su aplicacion é ingenio cuantos concurríamos al colegio de la Plaza de la Villa, tan dignamente dirigido por el celoso é ilustrado presbítero D. Miguel Martínez y Sanz, hoy director de las misiones del golfo de Guinea.

Sucesivamente cursó despues en la Universidad de Madrid filosofia y leyes, logrando siempre la primera censura. Los actos para los grados que obtuvo de bachiller y licenciado en jurisprudencia fueron de lo mas lucido que en aquella se habia verificado. La Academia Matritense aplaudió tambien sus notables trabajos, y el Gobierno le premiò dándole los honores de Secretario de S. M.

Algunos de sus profesores recomendáronle entonces con entusiasmo al ministro de Instruccion pública, que lo era á la sazón el Sr. Bravo Murillo, quien formó empeño en llevarle á la secretaría, hablando al efecto con sus padres. Deseaban otros de sus maestros y algunos de diferentes universidades, con quienes estaba en comunicacion científica, inclinarle á la carrera del profesorado, á la que SEIJAS tenia verdadera vocacion y en la que hubiera podido ser tan útil á su patria; pero un sentimiento que cuantos no conozcan la modestia tacharian de pueril, le hacia no admitir el título de maestro, siendo el único obstáculo que en su ánimo hallaba para dedicarse á tan noble profesion.

Su padre, abogado de mucho crédito, trabajaba por afianzar á SEIJAS á los laboriosos triunfos del foro, y mas que la inclinacion hicieron el respeto y la condescendencia que el jóven se dedicase al ejercicio de la abogacia, incorporándose en el colegio de Madrid. El tino con que dirigia los negocios que se le confiaron; el acierto en utilizar las acciones y elegir las excepciones; la brillantez de sus informes en estrados: todo infundia en el padre la creencia de que su hijo estaba llamado á esta profesion y que en ella le esperaba un brillante porvenir, cuando notó que el jóven con mayor predileccion por otros estudios satisfacía esta necesidad de su alma á costa de reiteradas vigilias y no interrumpido trabajo.

Conocia y hablaba ya entonces perfectamente el francés, el inglés y el italiano; dedicóse al estudio del aleman bajo la direccion de nuestro sabio y querido maestro D. JULIO KHÜN, y sucesivamente al hebreo, al griego y al árabe, en cuyos idiomas hizo rápidos y notables progresos.

Vino entonces una circunstancia á cambiar su carrera. De nuevo fué llamado su padre al ministerio en 1819; cargo que aceptó forzado por graves consideraciones y altos respetos, comprendiendo bien cuán desventajosamente habia ello de influir en la futura suerte de su familia.

Era el estudio de D. Manuel de Seijas Lozano de los mas acreditados en la corte, valiéndole á un tiempo reputacion y fortuna, y, asociado al bufete el nuevo letrado, este seria gran alivio de su padre, sosten y apoyo de sus intereses y sucesor suyo en la clientela y fama. Apreciando la claridad de entendimiento del hijo, consultábale D. MANUEL en los negocios mas áridos; á su temprano pero recto juicio confiò pues si debia aceptar el ministerio, cuando con ello destruía su bufete. «*Tu patria es antes que tu familia,*» respondióle nuestro SEIJAS delante de muchas personas, que claramente conocieron sin embargo la pena interior de su corazon por una honra que con tanta ceguedad es codiciada.

Vacante por muerte una plaza de oficial en la Secretaría que desempeñaba su padre, la obtuvo á instancias de los demás Mi-

nistros. La maledicencia y la envidia desahogaron su despecho: demostró el tiempo lo acertado de la eleccion, y hoy no existe quien tal no confiese.

Sin embargo SEIJAS subiendo tan pronto á los altos honores, entraba en un puesto que no correspondia á su edad; ¿no era de temer que tuviese contra sí todas las prevenciones de la oficina, mayormente cuando al imberbe jóven se le confiaba el vasto negociado de comercio, y muy luego él mas importante de instruccion pública? Menguado papel creeria los que no conociesen á nuestro escolar que habia de hacer al lado de hombres tan eminentes como los señores D. José Caveda, D. Antonio Gil de Zárate y D. José de la Revilla, glorias de nuestra literatura. ¡Pues bien! ¡Prueba indisputable del mérito de SEIJAS! Al poco tiempo era el amigo predilecto de sus jefes, la persona mas querida, el oficial de su confianza, el hombre cuyo juicio escuchaban con placer y distincion; por quien se realizaba, especialmente en la segunda de aquellas direcciones, la unidad de pensamiento, la conformidad de ideas y la elevacion de miras que produjeron grandes ventajas para la instruccion pública.

No desistían los maestros del jóven oficial de su propósito de atraerle al profesorado, conociendo su aficion á esta carrera. Decidióronle pues á recibir el doctorado en jurisprudencia. Excelente es el discurso que, examinando la índole y organizacion de la familia romana, escribió SEIJAS para su investidura. Siguiendo la historia del pueblo rey analiza y juzga las diferentes épocas de su derecho familiar hasta el Cristianismo; compara aquella legislacion con otras, y observa si está conforme con los buenos principios del derecho. Nutrido de datos, exacto en apreciaciones históricas, filosóficas y legales, y escrito en puro castellano, este precioso trabajo hizo ver ya al jóven dedicado á estudios profundos, y reveló al que muy pronto habia de mostrarse no comun hablista.

Però lo que en aquel acto conmovió mas al auditorio, fué la brillante improvisacion en que dió gracias al claustro por el honor que recibia, y á sus padres por los cuidados y desvelos con que le habian llevado hasta aquel punto. El acento de su voz y lo escogido y sencillo de sus palabras arrancaron abundantes lágrimas á los concurrentes.

En 1830 el distrito de Motril, á que corresponde Almuñécar, patria de D. Manuel Seijas Lozano, quiso dar una prueba de afecto al nuevo oficial de secretaría, y le brindó con la diputacion á cortes. Pero tenazmente rechazó esta distincion nuestro amigo, manifestando que no tenia la edad para ello conveniente, y como no se aquietasen los electores, fué elegido diputado. Su modestia rehusaba esta honra, su severidad le llevó á no admitirla antes de tiempo, aunque hubiese ejemplares en contrario. Periódicos de oposicion publicaron su partida de bautismo: ya era inútil.

Desde aquí empieza verdaderamente la vida literaria de SEIJAS. Reuniase en el mismo año de 1830 íntima y amena tertulia en casa del distinguido colector de Quevedo, del erudito y generoso literato D. AURELIANO FERNANDEZ GUERRA y ORBE. Allí juntos y sin otro deseo que el de aprender, discutian amistosamente ingenios ya conocidos por haber tomado parte en los combates literarios y jóvenes deseosos de saber, que nos preparáramos para seguir sus huellas y luchar á su lado con armas bien templadas. Era SEIJAS uno de tantos, y muy pronto llamó la atencion de los demás por los excelentes trabajos con que obsequiaba á la fraternal academia, y por ser el mas asistente de todos. Ni el frio, ni las continuadas lluvias del invierno eran parte á impedirle concurrir á sus queridas reuniones. Allí le veíamos, ó le veia solamente el dueño de la casa, todos los miércoles y sábados. ¡Ojalá se hubieran conservado escritas sus improvisaciones sobre el gusto y la belleza, sobre las novelas españolas y sobre otros muchos puntos que en aquel sitio se discutieron! SEIJAS era además uno de los lectores, y jamás olvidáremos la dulce expresion y el característico matiz que tomaban al salir de sus labios las encantadoras páginas del Ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Teníamos obligación todos los concurrentes de presentar por turno un discurso ó escrito sobre cualquier materia. SEIJAS llenó tan grato deber con una serie de artículos sobre las *preposiciones*, publicados despues en la ILUSTRACION (tomo de 1852). Examínelos cuantos pretendan conocer nuestra lengua, seguros de aprovechar el tiempo ventajosamente. ¡Lástima grande que la muerte, cortando tan pronto la lucidísima carrera de SEIJAS, nos haya privado de los notables trabajos con que empezaba á enriquecer el patrio idioma! Trabajos que hacían esperar sus talentos, sus vastos estudios filológicos y el marcado cariño que profesaba al castellano por «*ser*, como él decía, *extremada su afición á las lenguas muertas*».

Otro artículo sobre gramática salió despues de la bien cortada pluma de SEIJAS (inserto en los diarios LA ESPAÑA y EL HERALDO) para evitar, como lo consiguió, que se autorizase por quien debía condenarlo el absurdo empleo de la frase «OCUPARSE DE», muletilla ridícula de conversaciones y discursos, aun de muchos que se tienen por sabios y eminencias.

La crítica literaria ocupó tambien algunas veces su pluma; pero nunca para manchar reputaciones verdaderas, ni descoronar á los espíritus generosos, ni enfatuar á las medianías; y si la amistad le estimuló en ocasiones, siempre concilió con la justicia los impulsos de su tierno corazón. Para estas lides fingióse padre de la *sin par Miulina*, y con el seudónimo de ALFESIQUEÑ DEL ALGARBE, bajó á este mezquino mundo de los vivos con las ilusiones é hidalguía de los antiguos caballeros de los tiempos heróicos. Excelentes son los festivos artículos en que ya con burlas, ya con veras, con puntas y ribetes de finísima y delicada sátira para realizar de entre los escritores turbios y destajistas á los pulcros y aventajados, hace crítica de VIRGINIA, tragedia del ingenioso y felicísimo TAMAYO, de la JUDIT, que por tal ha de tenerse el drama del inspirado CERVINO, sin rival en los asuntos bíblicos, de la RICA HEMBRRA y del CASTILLO DE BALSAIN, obras de TAMAYO y de los dos hermanos FERNANDEZ GUERRA.

De sus rasgos sueltos llenos de sales picantes y de alusiones políticas ingeniosas vieneseme á la memoria una carta publicada en el SEMANARIO (1854) con el título A CUATRO BAJO CERO. Búsquela allí quien no la conozca, seguro de no tener que arrepentirse de su diligencia.

Entre los trabajos que SEIJAS ha dejado inéditos, cuéntase una novela al modo de la del GIL BLAS, destinada á pintar la sociedad española de nuestra época. Un adolescente ligero de cascos, hijo de cierta marquesa, era el protagonista, que en sus viajes y calaveradas debía correr por la corte y las provincias, haciendo conocer al lector los diferentes estados sociales de nuestra patria. ¡Pérdida no pequeña ha sido para las letras españolas, á juzgar por lo que iba escrito, que semejante libro no haya podido tener dichoso término!

Lástima es tambien que no tuviese ya mas adelantada una colección de cuentos que con el nombre de METAMORFOSIS ESPAÑOLAS comenzamos á escribir en nuestras academias semanales. Siguiendo la idea de Ovidio, nos complaciamos en buscar el origen de monumentos, costumbres y pueblos españoles en fantásticas y poéticas leyendas de breves dimensiones. El CORREO DE ULTRAMAN, periódico de París, ha publicado ya y seguirá publicando varias muestras de aquellos desenfados, con las firmas de los señores Fernandez-Guerra, Cervino y Breton de los Herberos.

Tres preciosos cuentos y una bellísima introducción de SEIJAS dieron principio á la publicación. Refiere en el prólogo con galano estilo el origen y objeto de la obra: la primer metamorfosis tiene por asunto el descubrimiento de América; en la segunda, que es festiva y caida al parecer de la pluma de Quevedo, se vé á Mercurio volver al mundo desde un sótano del infierno (*desvan, que llamariamos á estar patas arriba*, dice el autor), donde con otros trastos y baratijas pertenecientes á los antiguos dioses le tenía el diablo arrinconado. Un alquimista le convierte en azogue liquidándole, y descubre el termómetro al ver al pobre númen alargarse con el calor en el tubo que le sir-

ve de cárcel, y encogerse en el mismo cuando le cuelga al fresco. La última fábula, de distinto gusto que las otras, es un delicadísimo sueño. El autor viajando por las cercanías de Granada se duerme sobre su caballo, y cree encontrar á Boabdil en una cueva adornada espléndidamente con todas las galas de la naturaleza, y oírle contar su partida de aquella ciudad; sus tristezas al verla por última vez desde el sitio llamado *el suspiro del moro*, y las amargas palabras de su madre. El purísimo estilo y el dulce matiz de melancolía que amenizan esta narración, conmueven al lector y llenan su alma de placer.

SIFILA y APETITO es el nombre de otro cuento que ha quedado inédito. Harto indica el título cuán ocasionado es el asunto y cuán difícil de tratar, como se ha tratado, con limpieza y decoro. Séame lícito prevenir al lector que se prepare á admirar tan linda miniatura cuando llegue ante sus ojos. La descripción de los recién descubiertos bosques de la América; la pintura del guerrero francés *Aupetit* con su luciente coraza, cuyos reflejos chispeantes alumbraban la yerba; el retrato de la virgen americana, su sorpresa al verse en el acorado pecho del soldado como se veía en el arroyo, su inocente amor y su desgraciada muerte; todo es admirable y respira graciosa y lozana poesía. Este cuentecito basta para acreditar á SEIJAS como poeta y como hablista.

La última obra de nuestro jóven es un comentario al *cuento de cuentos* de Quevedo, que aparecerá en el segundo tomo de sus obras, pronto á salir ya de las prensas del señor RIVADENEYRA. A las preciosas notas é ilustraciones del señor FERNANDEZ GUERRA se añadirá pues ahora el comentario de SEIJAS, escrito cuando ya le aquejaba muy mucho la cruel dolencia que tan en flor nos le arrebató. «*Si me descuido quedan mis notas sin concluir*», dijo á FERNANDEZ GUERRA tres días antes de espirar: palabras que apunto, porque revelan la tranquila serenidad de su alma inocente en tan supremos instantes.

Dedicado á tan útiles tareas pasaba SEIJAS á costa de su salud y de su vida los momentos que le dejaban libre sus ocupaciones de oficial de secretaría. Querido de todos sus jefes, depositario de sus confianzas y secretos, á pesar de hacer su padre, á quien amaba apasionadamente, la oposicion á todos los ministerios desde 1851, ¡tan conocida era la lealtad de SEIJAS! cercado de amigos verdaderos, apreciado de cuantos le trataban, todo parecia desplegar á su vista un panorama radiante de ventura. ¡Ay! ¡Cuán pronto se deshojan las dulces flores de la esperanza! Una incomodidad de estómago, que por momentos se iba convirtiendo en verdadera y grave enfermedad, le obligó á salir de Madrid por el mes de noviembre último. Creía reponerse bajo el cielo de su patria, la hermosa Andalucía, entre los encantos de la naturaleza y á los regalados soplos de las auras del campo, que tanto le deleitaba. ¡Vanas ilusiones! Su estado era mas lamentable cada dia: postrado en cama con acerbos dolores, anheló morir entre su familia y amigos; y en los primeros dias de mayo fué conducido á Madrid con tierna diligencia y cuidados indecibles por un padre tan solícito como consternado.

Dos semanas despues sus padres y hermanos lloraban su irreparable pérdida, y sus muchos amigos, pintado en el rostro el dolor del corazón, ofrecían el postrero obsequio á los restos mortales del que tan digno de su afecto se mostró mientras vivía.

En el mismo recinto en que descansan las cenizas de CALDERON, LARRA y ESPRONCEDA, modesta lápida cubre las de nuestro jóven, con esta elocuente y sencillísima leyenda:

A LA MEMORIA

DE

D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS Y PATIÑO

EL AMOR PATERNAL.

Fué SEIJAS de mas que mediana estatura y de agraciado y varenil aspecto, el rostro pálido, viva y penetrante la mirada. Mostraba en su expresivo semblante mas avanzada edad de la que tenía, y la prematura falta de cabellos dábale respeto y au-

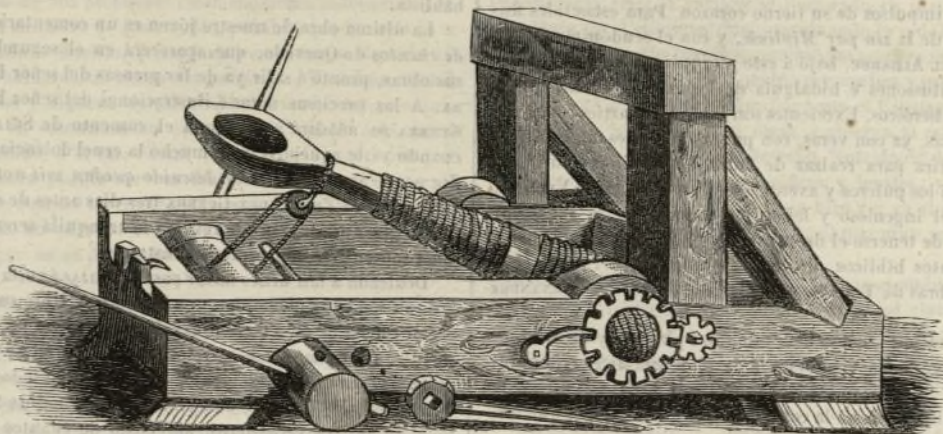
teridad, cuya impresion templaba algun tanto lo amable de su sonrisa bondadosa. Era su exterior grave y melancólico; alegre y comunicativa su alma. Al verle parecia frio y reservado: al tratarle se podia descubrir hasta lo último de su corazon. De niño semejaba hombre; de mozo parecia anciano en la madurez y aplomo de su juicio. Pudiendo pasar el tiempo en las diversiones y en los placeres del mundo, no gustaba de ellos: los libros eran su recreo, y sus amigos los sabios y estudiosos. Hablaba poco, y sazónabase su conversacion amena y variada con festivas sales y picantes epigramas, siempre ingeniosos y oportunos; jamás inconvenientes ni ofensivos. En él tenían los amigos un protector constante y decidido: la nacion un servidor rígido y severo en la observancia de las leyes; nunca flexible á consideraciones ni respetos humanos. Sus notas en los expedientes son testimonio de su probidad y su justicia: su caridad la han conocido sus padres ahora que muchas personas les han ma-

nifestado los socorros que de él á menudo recibian. Cuando publicaba algun escrito era á fuerza de ruegos con que vencian los amigos su modestia, y casi siempre ocultando su nombre ó, con el seudónimo. Cuando el ramo de instruccion pública pasó á Gracia y Justicia, los jefes de seccion de este Ministerio tenían la consideracion de *Presidentes de Sala*; SEIJAS renunció tal derecho, no permitiéndole su delicadeza optar á una categoría que pensaba no hallarse al nivel de su edad y sus servicios.

Tal era D. FRANCISCO DE PAULA SEIJAS. Pocos fueron los dias de su vida: muchas las virtudes que los adornaron. Buen hijo, buen amigo, cumplido caballero, en él todo lo bueno tuvo albergue. ¡Dichoso quien al morir halla como él regado con lágrimas el camino de la tumba y deja grabado en el corazon de sus semejantes un grato recuerdo de su existencia!

José GONZALEZ DE TEJADA.

ESTUDIOS DE ANTIGÜEDADES.



Catapulta.

ARMAS.

CATAPULTAS. — CERVATANAS.

El hombre, este rey de la creacion y señor del mundo, ha sido arrojado desnudo sobre la tierra, y no tiene sino medios mas débiles é inferiores á los de todos los demás animales para garantizarse de los ataques de muchos de ellos, muy superiores á él en fuerzas, en agilidad, en dientes y en uñas; empero la naturaleza le ha dotado de una inteligencia superior, y le ha suministrado materias que convertirse por su ingenio en armas, le ponen no solo en estado de defenderse con ventaja, sino de atacar á sus mas terribles enemigos. La necesidad inventó las armas. El nombre de armas viene de la palabra celtéa *Arm*, ó de la latina *Armus*, hombro ó espalda; y de aquí se tomó la palabra *Arma*: las armas, los que llevan ó se cubren los hombros.

Las armas fueron desde su principio ú ofensivas ó defensivas. Indudablemente la primera arma ofensiva de tiro ó arrojadiza, fué una piedra lanzada con la mano; ó la primera arma de mano fué un palo. Así pues, las armas se dividieron desde antiguo en armas de mano y armas de tiro ó arrojado. La maza, la espada, la lanza y el puñal, son armas de *mano*: el dardo, la honda, el arco, la ballesta, son armas arrojadizas. Estas eran las armas ofensivas. Los antiguos conocieron tambien las armas defensivas, como el casco, la coraza, los brazaletes, los zajones, el escudo. Los modernos han combinado armas, que son á la vez

de mano y de tiro, como los fusiles, de que se usa hoy en todos los ejércitos del mundo civilizado.

La invencion de la pólvora cambió el sistema de guerra de los ejércitos, é hizo inútiles la mayor parte de las armas defensivas, al ver, que no eran bastantes para garantizar al hombre que las llevaba de los tiros de fusil, y sobre todo de los de cañon.

Las armas siguieron desde su origen el mismo curso que han seguido todas las invenciones humanas. Hizo comprender la reflexion que un palo aguzado por una punta y lanzado horizontalmente, iria mas derecho al objeto á donde se le encaminaba, y causaria una herida mas profunda en el enemigo colocado á cierta distancia: de aquí nació el dardo. Mas tarde se colocó en su remate un hueso, un hierro afilado. Se hicieron tambien espadas y lanzas de madera.

El arco, la honda y la lanza, se encuentran en todos los pueblos de la antigüedad; se encuentran aun hoy mismo entre los pueblos salvajes, á los que no ha llegado la menor idea de la civilizacion. Y es, que el instinto de defenderse y la necesidad de ofender han hecho en todos los países nacer con un mismo sentimiento una misma invencion.

Despues que se aprendió á extraer los metales de las entrañas de la tierra, y á labrarlos, adquirieron las armas una rápida y grande perfeccion. Desde el sitio de Troya hasta la invencion de la pólvora, poco adelanta la forma de las armas en su hechura y en su proporcion. Solo vemos dardos, lanzas, espadas, fle-

chas, escudos, cascos y mazas. Estas armas eran para combatir individualmente cuerpo á cuerpo; pero para batir las ciudades, para arrojarlas á los ejércitos formados en masa, se inventaron las armas ofensivas llamadas *tormenta*, de *tordere*, retorcer. Estas armas de los pueblos antiguos y de los pueblos de la edad media eran para ellos lo que nosotros llamamos hoy la artillería.

Las armas mas notables de esta especie eran el *ariete*, aries; la *catapulta* (del griego *Kata Pallo*), y la *ballesta* (de *Ballein*, arrojar).

El carnero ó ariete, máquina muy sencilla, servia para batir las murallas de las ciudades que se sitiaban. Componiase de una viga mas ó menos larga, mas ó menos gruesa, armada por un extremo de una maza de hierro ó bronce, á la que se le daba la figura de la cabeza de un carnero, para que esta arma obrase contra los muros á la manera de los carneros cuando se topan ó baten entre sí.

Había arietes no solo suspendidos, sino sobre ruedas. El ariete que se llevaba y hacia mover á fuerza de brazos, era el mas sencillo. Una viga cualquiera podia servir, y se le empleaba para derribar puertas y tabiques.

Una viga suspendida por medio de cuerdas, como una balanza, formaba el ariete de la segunda especie, que era el mas terrible. Movíanle hombres por medio de cuerdas atadas á la extremidad opuesta á su cabeza, y los habia de un grandor extraordinario. Se lee en Plutarco, que Antonio, al ir á combatir á los partios, llevaba en pes de sí uno de ochenta piés de largo.

La catapulta de que presentamos hoy un dibujo á nuestros lectores, ocupaba el lugar de lo que nosotros llamamos ahora morteros, y piezas de batir, ó piezas de sitio.

La catapulta es una palabra griega, compuesta de *Kata*, sobre ó contra, y *Pallo*, yo arrojo. Se atribuye su invencion á los sirios; y asegura Vitrubio, que arrojaban á los enemigos piedras de un grandor extraordinario, que algunas veces pesaban hasta trescientas libras.

La fuerza y la precision de estas máquinas era tal, que es creible que aun podria empleárselas en nuestros días en la guerra de sitio, á pesar de la ventaja de la pólvora y los morteros; y seguramente, si no se usan hoy, es por lo embarazoso de su transporte.

Las famosas catapultas se hallaban construidas sobre el mismo principio con que se hallan construidas hoy entre nosotros las sierras. Supongamos que tenemos á la vista una sierra ordinaria, instrumento muy comun: la sierra se compone de dos palos montantes, y de un travesaño llamado registro. La hoja está tirante por una madeja de cuerda que se retuerce con una palanqueta: la torsion de las cuerdas imprime á esta palanca una tendencia á escaparse, que la hace obrar sobre el registro con gran fuerza. Pues las catapultas se hallaban así construidas: un enorme fajo de cuerdas de tripas de buey, de tres piés y mas de diámetro, sobre diez á quince de largo, estaba tendido en un cuadro formado con gruesos maderos; las puntas de esta madeja ó fajo, se hallaban fijadas en dos discos de metal que Vitrubio llama *Capiteyas*; su forma parecia á la de un sombrero redondo, bajo y sin fondo: el interior de la abertura del capitel, estaba dividido por un diámetro de hierro, sobre el que pasaba la madeja de cuerdas. Figurémonos que la sierra es de esas que sirven par contornear: los dos muñones representarán los capiteles de la catapulta, y la hoja de la sierra la madeja de cuerda: así se concibe que haciendo dar vuelta á los capiteles, era fácil dar al fajo de cuerda el grado de torsion que es necesario. Los bordes de los capiteles estaban dentados, y entre ellos se ponía un trinquete. Por medio de la madeja pasaba el brazo ó *stilo*, de la catapulta, como la palanca que sirve para dar tension á la sierra por medio de la cuerda. El extremo libre del estilo tenía la hechura de una cuchara, ó bien llevaba una especie de horca en la que se colocaban los proyectiles.

Para concebir bien el juego de esta máquina, no hay mas que tomar una sierra, quitarle la palanqueta que sirve para darle fuerza y tension; poner en su lugar una cuchara de hierro ó madera, y disponerlo de modo que su espátula caiga hácia

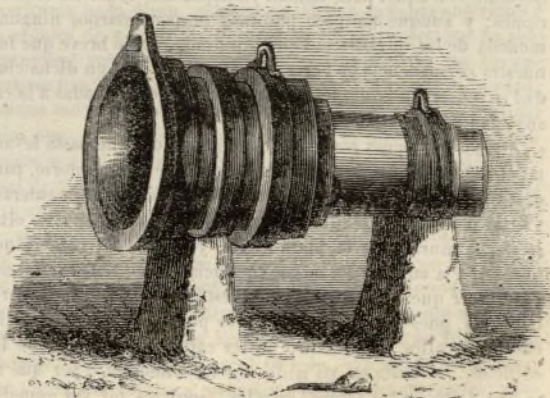
atrás: hecho esto, puesta la sierra en pié, la cuerda abajo, y fija en esta posicion, bájese la cuchara hasta que haya tomado una posicion horizontal; póngase dentro una bala, suéltese la cuchara: se levantará por efecto de la torsion de la cuerda, y lanzará la bala á una cierta distancia. Tal era la manera con que obraban las catapultas.

La fuerza de estas máquinas dependió evidentemente de la proporcion de sus piezas. Se lee en Plutarco y Polibio, que las catapultas de Arquímedes en el sitio de Siracusa, lanzaban trozos de piedra de mas de trescientas libras. No solamente lanzaban las catapultas esas enormes masas de rocas que cayendo sobre los techos de las casas de las ciudades sitiadas, los hundian y aplastaban, y hacian el mismo efecto que hoy hacen las bombas, sino que servian tambien para lanzar en las ciudades sitiadas, caballos muertos y otras materias infectas que corrompiesen el aire é imposibilitasen la defensa.

Las catapultas obrando así, han precedido en mucho á la invencion reciente de que tanto han hablado los periódicos de Europa de las balas asfixiantes; esas balas que conteniendo dentro de sí una porcion de sustancias deletéreas, al reventar corrompen el aire y causan mas estragos que los que sus cascos ocasionan en la explosion. Las catapultas lanzaban no solo enormes trozos de piedra, sino multitud de flechas y dardos, y eran ni mas ni menos que lo que son en el día las descargas de metralla. Para esto se disponia sobre la pieza contra la que el estilo iba á chocar al soltarse un canal horizontal, en el que se colocaban los dardos. Tambien la cuchara de la catapulta podia lanzar cestos llenos de piedras, lo que producía una suerte de metralla. Era tal el empuje de los dardos lanzados por la catapulta, que atravesaba los hombres y las armaduras con que se hallaban revestidos, de parte á parte. Para bajar los brazos de la catapulta se empleaban, segun la fuerza de torsion de la madeja, palancas, cabrestantes, con auxilio de los cuales se arrollaba sobre un cilindro una cuerda que la cojía cerca de la cuchara; llegado mas abajo de su carrera, el brazo lesujetaba por un mecanismo que le impedia volver á levantarse. Se cargaba; despues, al dar un golpe sobre una especie de gatillo colocado en la rueda dentada, como se ve en el grabado que presentamos, salía el tiro.

La catapulta se llamaba tambien *onagre* (*onager*), porque dicen que el asno salvaje que lleva este nombre tira piedras con los piés traseros.

A la catapulta remplazó despues el cañon, imperfecto como todas las invenciones en su origen. De notar es que los chinos conocian hacia muchísimos siglos la composicion de la pólvora fulminante, cuando los jesuitas les enseñaron el arte de fabricar los cañones. Autores hay que pretenden que la pólvora representaba un gran papel en los prodigios con que los sacerdotes de la antigüedad asombraban las miradas de los no iniciados en sus misterios.



Cervatana.

Sea de esto lo que se quiera, todo hace creer que los primeros cañones fueran groseramente fundidos en bronce. Hay quien cree que primero se hicieron de hierro y de muchas piezas: se arrollaba una plancha de palastro ó hierro batido, como para hacer un tubo de chimenea; se fortificaba en seguida este tubo por aros que le ceñían de distancia en distancia: no siendo absurdo el suponer que también se hicieron cañones de madera. Hoy se hacen estos instrumentos homicidas con metales fundidos ó batidos.

No entra en nuestro propósito el hacer la historia de la artillería. Únicamente presentamos á nuestros lectores una imagen de los primeros cañones que se inventaron, para que se vea la distancia que hay entre esta arma moderna y la catapulta.

Los primeros cañones que se conocieron en España, los introdujeron los árabes en el sitio de Algeciras, para combatir el esfuerzo y denuedo del rey don Alonso XI, que ponía cerco á aquella fortaleza, y donde á pesar del asombro que ocasionó en las huestes castellanas la aparición de aquella mortífera y desconocida arma, hubieran tremolado los pendones de la cruz de Cristo, si una terrible peste que diezmó el ejército no hubiese hecho una de sus primeras víctimas del esforzado monarca castellano, que murió á vista de los muros de Algeciras, abandonando aquella empresa, y dejando la corona que con tanta gloria habían ceñido sus sienes, á don Pedro I de Castilla, á quien la historia ha dado el nombre de *Cruel*, y cuyo reinado había de ser un serie no interrumpida de contiendas y guerras civiles; que necesariamente habían de retrasar por mucho tiempo la reconquista del territorio español sobre las lunas agarenas.

José MUÑOZ GAVIRIA.

UNA LÁGRIMA

SOBRE LAS RUINAS DE NUMANCIA,

POR D. MANUEL IBÓ ALFARO.

(Continuacion.)

Después de reflexionar algunos instantes sobre el anterior destino de aquellas piedras, llegué á convencerme de que en efecto podrian muy bien ser los molinos de mano, únicos que en aquel tiempo se conocian, y de los cuales cada familia tenía uno en su casa para majar el trigo que necesitaban para su alimento; viniendo á corroborar esta especie, el recuerdo de que en las ruinas de Pompeya, ciudad mucho mas civilizada que Numancia, como es bien sabido, y que sucumbió en un tiempo mucho mas posterior que aquella, no se encontraron aun otros molinos que los formados con dichas piedras, y de la misma manera que aquí suponemos.

Registramos con cuidado los escombros por ver si encontramos barro numantino, pero no pudimos conseguirlo; lo que no es extraño, atendido el fango que las lluvias y las nieves, tan frecuentes en aquel país, habían ya depositado sobre las escavaciones; y aunque tampoco pudimos proporcionarnos ninguna moneda de las que allí se han encontrado, por lo breve que fué nuestra permanencia en Soria, nos afirmaron que en dicha ciudad se conservan bastantes de plata y cobre, encontradas á la casualidad por los labradores.

Hemos visto pues con nuestros propios ojos, que basta levantar el primer manto de tierra que cubre aquel promontorio, para descubrir cimientos de casas formando calles, bóvedas enteras; y otras personas muy autorizadas nos aseguran haber visto ellas la gruesa muralla de la plaza fuerte, y la boca del subterráneo que desde la cumbre del monte conducía al río; todo lo cual nos hace creer que una escavacion investigadora allí, no quedaria frustrada, pues que existe cuanto se puede apetecer: es decir, edificios, calles, y dentro de las calles, y dentro de los edificios, si hasta el día nadie los ha removido, ¿por qué no se han de encontrar armas, escudos, sepulcros, tal vez esqueletos humanos? Y esto es todo lo que á aquel paraje se le puede

pedir; porque suponer que en las ruinas de Numancia se han de encontrar las erguidas columnas de Palmira ó las suntuosas cámaras de Pompeya, como algunos han llegado á soñar en sus buenos deseos, es poner en descubierto lo poco versados que se encuentran en la historia de su país.

Palmira fué un pueblo donde brillaron las artes con todo su esplendor; por eso abunda en estatuas, pedestales, labrados pórfidos, etc.

Pompeya fué un pueblo en que el fausto y el placer llegaron á su colmo; por eso nos ofrece grandiosos edificios, elegantes cámaras, mil señales de deleite y de boato.

Pero Numancia... la infeliz Numancia fué un pueblo miserable, sin lujo, sin vanidad, compuesto de pastores y labradores, que arrojaron el cayado y la esteva, cuando creyeron hollado por huestes extranjeras el honor de su país.

Numancia fué célebre, es muy cierto; pero esta celebridad no se la han dado ni las púrpuras, ni los mármoles, ni las pedrerías; esta celebridad ha surgido del noble é inimitable corazon de los numantinos. Por eso decimos nosotros que no se encontrarán columnas, ni suntuosos templos, ni ricas inscripciones, ni tesoros; pero se encontrarán espadas rotas, enmohecidos escudos, tal vez esqueletos... Y un escudo, un sepulcro, un esqueleto hallado en las ruinas de Numancia, ¿no es de grande interés para la historia de España? No hará conmoverse de entusiasmo al hombre que sepa sentir las glorias de su patria? No es importante, mil veces mas importante para un español, que las columnatas de Palmira, y las suntuosas bóvedas de Pompeya?...

Estas reflexiones y otras mil mas poderosas vinieron en tropel á apoderarse de mi espíritu en aquel momento para mí tan solemne, en que pisaba la tierra que pisó Megara; en que veía á mis piés el carbon que tal vez abrasaran las asoladoras llamas que consumieron un pueblo noble; pero que se burlaron del poder romano; pero que hicieron inmortal el nombre del pueblo que consumieron.

Orgulloso yo en aquel instante, con solo ser español, me ostentaba erguido en la cúspide de aquel sacrosanto monte, y con altivez miraba los valles que se desplegaban á mi vista donde tantas veces fueron vencidas las águilas imperiales, y siempre despreciados los Fulvios, los Pompeyos, los Popilios y los invencibles Escipiones.

Yo sentía abrasárseme el pecho; yo sentía desvanecerse mi espíritu tras las meditaciones que brotaban de mi mente; y como de súbito me asaltara entonces la idea de que algun historiador ha querido fijar en otro punto la existencia de Numancia: — ¡Mentira!, exclamé involuntariamente, respondiendo á aquella idea: Numancia fué aquí; estas piedras carcomidas, estas bóvedas hundidas, este polvo me lo dice...

Así me contesté y quedé satisfecho, cuando pisaba aquel santuario de la libertad y de la independencia; así me contesté cuando el fuego del patriotismo inflamaba mi pecho, y tal vez la inspiracion alumbraba con su luz mi frente; así me contesté cuando me contestaba á mi solo; pero hoy, que recogido en mi gabinete, lejos de aquellos valles y collados, sumergido en el bullicio de la corte, han perdido su brío aquellas impresiones; hoy que escribo para el público, forzoso se hace replegar el vuelo de la fantasía, y aunque en breves palabras, someter este punto al crisol de la reflexion.

La generalidad de los historiadores, tanto antiguos como modernos, han colocado á Numancia en el punto en que nosotros la hemos dado por colocada y el asentimiento general del hombre lo ha reconocido así tambien. Sin embargo, algunos cronistas tuvieron de repente el capricho de situarla en Zamora; y decimos capricho, porque ciertamente no encontramos un motivo sólido que á ello les indujese; y á fin de demostrar esto, espondrémos con la brevedad posible las opiniones de unos y de otros, y harémos que sobre ellas caiga la segur de una crítica imparcial, deduciendo de dicha controversia un aserto verdadero.

Plinio dice cuando toca este punto, pero lo dice con sencillez, como si fuese una cosa muy conocida por todos sus con-

temporáneos, que el país de los Arévacos tenía por límites las montañas Distercias, conocidas hoy según Abrahán Otelio y demás autores, con los nombres de Silos, Urbion, Cebollera, Oncala, puertos de Santa Inés y de Piquera.

Por Sur, los conocidos con el nombre de Poufriá, Somosierra y Pico-degrado.

Por Oriente, la sierra que sale de los montes Idubeos, llamada Cauno, hoy Moncayo y Madero.

Y por Occidente, la sierra Baja que divide á los Arévacos de los Baccos.

Este es el país de los Carpetanos. Pero en las faldas de los Distercios (Urbion, Oncala etc.), y dentro de la gran region de los Carpetanos, nos describen lo mismo Plinio que los demás historiadores antiguos, otra region mas pequeña, denominada los Pelendones; nombre que como indicamos mas arriba, aun se conserva en el país, salvando el peso de dos mil años. Pues ahora bien: Plinio dice que Numancia estaba en los Arévacos cerca de los Pelendones; Tolomeo y Estrabon dicen que estaba en los Pelendones; y la opinion de estos respetables historiadores, admitida sin réplica, ha sido seguida en nuestros dias por el respetable Mariana, que la coloca junto al nacimiento del Duero, que está en Urbion; y por el observador Lope Raez que prueba satisfactoriamente la existencia de Numancia junto al lugar que se llama Garay.

Tal ha sido siempre la opinion general acerca del punto en que estuvo Numancia. Sin embargo, el autor de la crónica de don Alonso II, el primero; y despues el Tostado con algunos otros, sentaron como de paso que aquel inmortal pueblo existió en Zamora; pero quien de recio se empeña en probarlo, alegando para ello razones bien poco pesadas, es un tal don Francisco Rodriguez de Valcárcel, natural del mismo Zamora, en un libro titulado *EPRIME JURIS CIVILIS*: y si en efecto es de todo punto digno de disculpa y aun de elogio, que el tal escritor se afane en demostrar que Numancia existió en su pueblo, aunque para ello argumentos sólidos no encuentre; porque dá á entender de este modo que abunda en lo que tanto necesitan lo comun de los españoles, *amor á su país y entusiasmo por las glorias de su patria*; no es sin embargo tampoco este buen deseo suficiente para recibir los tiros de la verdad, y menos para que nosotros transijamos con su parecer, y no pongamos de manifiesto que el pueblo de Megara no estuvo en Zamora, y sí junto al lugar de Garay, como escribe Mariana, ó Garay como escriben otros historiadores, y pronuncian hoy los habitantes del país.

Y por último, los que sostienen que Numancia existió en Zamora, alegan como pruebas la crónica de Alonso II, en la que dice simplemente, que Numancia estuvo en Zamora: una escritura del rey don Bermudo II, donando á la iglesia de la ciudad de Santiago ciertos bienes de un tal Domingo Ibañez, fechada en 10 de enero de 989; otorgada en Zamora ó Numancia, y archivada en dicha iglesia: otra escritura que otorgó el rey don Fernando I de Castilla en el real convento de Saagunt, fechada en 13 de noviembre de 1039, en que hace donacion al dicho monasterio de los lugares de Belver y Lenguar, pueblos de la provincia de Zamora, y expresa en la escritura que están cerca de Numancia: el hecho de estar enterrado en el monasterio de San Benito de Oña, el cadáver de don Sancho II, expresando el epitáfio que murió junto á Numancia, de la lanzada que le dió Vellido Dolfos en el cerco que puso á Zamora; y por último, otra escritura guardada en el archivo de Zamora, otorgada por don Alonso VII, que reedificó aquella ciudad en el sitio que hoy se conserva, cediéndole la heredad de Fonsellas, junto al rio Duero: su fecha 1128, en Zamora edificada en Numancia.

Examinemos pues nosotros esta cuestion detenidamente.

La historia es una cadena de ecos, en la cual, para saber si es verdad la palabra que aquellos repiten, no se ha de investigar el número de montañas que la repiten, si es la relacion de verdad que pueda existir entre la voz ó palabra pronunciada y el primer eco que la repite. Por consiguiente la autenticidad

de un hecho antiguo, no se ha de encontrar en el mayor número de historiadores que lo refieran, si es en la mayor aproximación del primer historiador al hecho que se refiere.

Dos cañonazos iguales no valen en distancia mas que uno: no hacen sino aumentar el ruido; pero el baluarte adonde no alcanzó el primero, no alcanzará tampoco el segundo.

Mil historiadores no valen mas que uno, si todos beben las noticias de la misma fuente. Si alguno se aproxima mas al hecho que se relata; aquel vale mas que todos. Si entre la fuente que todos beben y el hecho que se narra, media un vacío que ninguno salva; ninguno de los mil historiadores vale nada.

Cuando Plinio escribió su historia, hacia poco mas de un siglo que habia concluido Numancia; por consiguiente los sucesos de aquel pueblo en relacion con Plinio deben llamarse contemporáneos; tal como si nosotros habláramos del principio de la guerra de la Independencia, pues que entre ellos mediaba solo una generacion; y si Plinio no presencié la destruccion de Numancia, la oyó referir sin duda alguna á sus padres ó á lo mas á sus abuelos que la presenciaron.

Esto mismo que sucede con Plinio, sucede tambien con Tolomeo y con Estrabon; para estos tres historiadores, el sitio de Numancia puede considerarse contemporáneo. Cuando los tres vivieron, la geografia del país era la misma que cuando concluyó aquel pueblo; por consiguiente no cabe alteracion en los nombres. El dia que los tales cronistas tomaron la pluma ó el buril, marchaban aun las cosas en linea recta; es decir, que entre ese dia y el del glorioso fin de Numancia, no habia habido revolucion en la política, ni invasion extranjera: por lo tanto los hechos debian conservarse puros.

Luego si Plinio y Tolomeo dicen que Numancia estuvo en el borde ó dentro de la region de los Pelendones, cerca de los montes Distercios, dejando aparte otras opiniones no menos autorizadas que lo confirman; y si los habitantes de los pinares llaman hoy mismo á esos pinares los Pelendones, y refieren que antes se llamó á los montes donde nacen los montes Distercios... ¿Nada vale esto en favor de nuestro aserto? Estos infelices habitantes de las tierras de Soria que pasan su vida en roturar un campo desagradecido y en serrar los pinos siempre cubiertos de nieve; sin otra historia que la que verbalmente les legaron sus antepasados; sin otros libros que el catecismo cristiano, ¿por qué saben que los pinares que absorben el sudor de su rostro se llaman los Pelendones, y las montañas que les circunvalan se llamaron las Distercias...? porque lo oyeron á sus padres, y estos á sus abuelos, y sus abuelos á sus bisabuelos; y continuando así llegaríamos á decir: porque aquellos lo oyeron á los habitantes vecinos que vieron levantarse hasta las nubes las voraces llamas que consumieron Numancia.

Hablemos de Zamora.

¿Qué pruebas citan los partidarios de esta opinion para sentar allí á Numancia? La mas antigua es la crónica de Alonso II, en que el cronista dice á secas que Numancia estuvo en Zamora, como yo puedo decir que Numancia estuvo en Pekin; y despues las escrituras de donacion que hemos mencionado. Pero estas escrituras nada dicen, porque no alegan pruebas anteriores á la crónica de Alonso II. Y como en los reyes siempre ha sido costumbre muy seguida, decir ó firmar unos lo que sus anteriores han dicho ó firmado, acaso sin examinar su verdad; porque muy pocas veces los reyes se han cuidado de examinar tales cosas, entregados como estaban, á la direccion de sus negocios, ó á los placeres de su corte; se sigue de aquí que las fechas de dichos reyes, en nada ó en muy poco atañen á la cuestion que ventilamos. En asuntos tan empeñados como el presente, no debe darse crédito á documentos que no se ven, ó al menos que no sean fáciles de verse; y las escrituras con que alegan los numantinos-zamoranos, hasta ahora nadie sino ellos las ha visto; habiendo mas motivos para suponer que son apócrifas, porque don Ambrosio de Morales, el arzobispo de Toledo don Rodrigo; don Pelayo, obispo de Oviedo, han estado en Zamora, han tocado este punto, y nada dicen de las tales escrituras; y sobre todo Florian de Campo, natural de Zamora, canónigo de la

iglesia de su mismo pueblo, que escribió una historia general de España, cuenta que por buscar documentos, registró con esmero el archivo de dicha ciudad (donde los otros guardan las escrituras); pero el señor Florian no solo no dice nada de tales escrituras, sino que acaba por situar á Numancia cerca de Soria, y junto al pueblo que llaman Garay. Este hecho es una prueba de algun peso en nuestro favor.

En cuanto al Tostado, respetamos en gran manera su opinion; pero si algun poeta satírico guiara nuestra pluma, tal vez le haria decir que el que mucho habla, en algo yerra. El Tostado escribió muchísimo, y sobre todo mucho á la vez; lo que es causa sin duda de que sus obras ofrezcan algunas inexactitudes, como es bien sabido, en asuntos de importancia.

Por otra parte, el Tostado, el cronista de don Alonso II, y todos los otros de su sentir, han escrito despues de la invasion en España de los godos y de los árabes; despues de la gran revolucion que se operó en nuestro suelo; al través de la gruesa pantalla que aquellos pueblos extranjeros colocaron entre nosotros y los primeros moradores de nuestra patria. Por lo tanto, ó su opinion ha sido inventada, ó la bebieron en los historiadores antiguos: cosa imposible, porque en todo van contra su parecer.

Además; la clase baja de Zamora, esa clase, arcano inviolable de rancias tradiciones, ¿qué idea...? ¿qué noticia tiene de los Fulvios, de los Poplios, de los Escipiones, como la tienen, porque lo hemos visto nosotros mismos, los mas humildes habitantes del pinar de Soria? Ninguna. ¿A qué valles llaman los labradores zamoranos, los *pelendones*? ¿De qué montes dicen, como dicen los pinariegos, — «estos fueron los distercios, estos los vetos, estos los duracos?» — De ninguno.

No; Numancia no estuvo en Zamora; Numancia estuvo en el sacrosanto monte que se levanta junto á Garay; en la margen izquierda del Duero, cerca de Soria, y no léjos del nacimiento de aquel rio. Las historias antiguas, las tradiciones del país lo aseguran; el asentimiento general del hombre lo admite así. Y no se apeló á los nombres que á discrecion va colocando en torno de Zamora, el buen Patricio Balcárcer, para dejar triunfante su opinion; porque entonces contestaríamos con Lope Ruez que en verdad nos admira la facilidad con que designa pueblos asignándoles sus nombres, y la facilidad todavía mas sorprendente con que sustituye los nombres antiguos con los modernos, punto el mas difícil en el oficio de historiador.

Y por fin, si á citar historias modernas vale, acotamos nosotros con la del mismo Lope Ruez, con la de Mariana, la de Bermudez y la de don Modesto Lafuente, todos los cuales dan su asiento á Numancia, cerca de Soria, y sobre el pueblecillo de Garay.

Y es de extrañar en efecto que á vista de tales controversias, no haya practicado todavía la Academia de la Historia, ese cuerpo normal á quien corresponden tales cometidos, alguna escavacion sobre aquellas ruinas, de la cual no dudamos brotaria algun rayo de luz que alumbrara este punto tan debatido; que acaso zanjara de un solo golpe tales disputas, y que bajo todos conceptos fuera de grande utilidad para los anales de nuestra nacion.

Volvamos á mi visita.

Inmóvil continuaba yo sobre la inmortal cumbre que pisaba, cuando me asaltó la idea de escribir dos renglones en aquel lugar, para tener el gusto, durante los aciagos dias que en mí porvenir presagiaba, de pasar la vista por su fecha.

Saqué al efecto del bolsillo papel y lapicero, bosquejé la introduccion con que encabezo esta monografía; y para mí fué aquel uno de los pocos instantes de placer que ha livado mi corazon.

El suelo de una bóveda á medio descubrir y llena de jaramago me servia de alfombra; su pared desmestizada de ladrillo, me servia de asiento, y un cielo opaco y lleno de nubarrones, me servia de dosel.

Cuando concluí de escribir, mil variadas emociones abocaron á mi pecho, é insensiblemente me quedé adormecido bajo el suave influjo de aquellas emociones.

(Concluirá.)

DE LA COMPLETA FELICIDAD.

A MI AMIGO EL DOCTOR DON FRANCISCO DE PAULA SEIJAS.

SONETO.

Non est hic.
Eváng. de S. MATEO.

Cual de aquilon arrebatada pluma,
Tal rasgando las ondas rauda vuela
Intrépida y gallarda carabela,
Rica en tesoros de opulencia suma.

Del Báltico fulgores ve en la bruma;
Del trópico en los fuegos limpia estela;
Sin nube Arturo por su bien riela,
Sin nube el sol en la rizada espuma.

Mas en bárbaro afán gime el piloto;
No da paz al timon, vira errabundo,
Que en medio de la mar la sed le quema.

Tal cruza el hombre el piélago del mundo,
Buscando en vano el manantial ignoto
Que la sed calma de ventura extrema.

J. J. CERVINO.

Madrid, 19 de octubre 1851.

EN LA TEMPRANA MUERTE.

DEL DOCTOR DON FRANCISCO DE PAULA SEIJAS.

SONETO.

Non subsistam.

Aun no es un lustro ¡oh, Seijas! desde cuando
Al sonar de la cítara vibrante,

«El mundo es mar, te dije; y navegante
Pasa el hombre por él, suspiros dando».

Si pudo haber de ese decreto infando
Excepcion, víla en tí desde el instante
Que empavesando tu batel bogante,
Al piélago admiró que iba surcando.

Por flámulas mostraba tus coronas
Que el ingénuo tropel de los amores
De la ciencia y virtud colgó en el templo.

¡Ay! no bastó: los triunfos abandonas,
Y al mar te vas de eternos resplandores,
Dejando augusto nombre y alto ejemplo.

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

Madrid, 23 de mayo de 1836.

EN EL ALBUN

DE LA SEÑORITA DOÑA DOLORES MUÑOZ GAVIRIA.

Entre los beneficios que la suerte,
A tantos rigurosa,
Se ha complacido ¡oh, niña! en ofrecerte
Con mano generosa,

Debes tener en mas, no la *hermosura*,
Luz que brilla y abrasa,
Flor que promete un cielo de ventura,
Cual las flores pasa;

Sino el *ingenio*, luz de encanto llena,
Y que constante brilla,
Que aun brilla mas espléndida y serena
Del sepulcro en la orilla;

Y la *virtud*, flor santa, que felices
Nos hace ser sin duelo;
Flor que tiene en la tierra sus raíces
Y su aroma en el cielo!

EUGENIO DE OCHOA.

Madrid, enero de 1843.

MADRID.—Imp. de M. GALIANO,
Plaza de los Ministerios, 3.